

máticamente, la penalidad de las sanciones económicas y financieras. Para contrabalancear su severo bloqueo, la SDN debería poseer una caja de compensaciones lo suficientemente rica para que los Estados solidarios no sufrieran con la medida.

En este medio renovado:

donde los servicios de la TSF no penetren en casa del vecino para sembrar la discordia sino para celebrar los beneficios de la colaboración;

donde el comercio de las armas estará reemplazado por el de las mercaderías útiles a la existencia;

donde la *Federación Económica Europea* habrá relegado al pasado el sistema divisionista de los políticos.

«Lo trágico es que, dice M. Víctor Margueritte, para realizar semejante evolución material y moral es necesario tiempo y la hora apremia».

En el aspecto documental, el libro de M. Margueritte es bastante completo. Al mismo tiempo, es una verdadera historia de la SDN, desde su fundación hasta nuestros días. En este sentido es una obra útil. Ahora, como la SDN ha sido el centro de la política internacional del presente, es también «*Avortement de la SDN*», un trozo de historia contemporánea.—A. T.



UNA DERROTA SIN BATALLA, por *Luis Tablanca*.

Es una de las mejores novelas que se hayan escrito en tierras de Colombia. Luis Tablanca, feliz cultivador del cuento, poeta delicado, que ya se había ensayado como novelista con una obra que llamó «Tierra Encantada», justamente alabada por la crítica, hizo editar ahora, en magníficos talleres de Bucaramanga, una serie de cuadros de costumbres, maestros brochazos de pintor impresionista, retazos de la vida aldeana y de a vida política, que bautizó: «Una derrota sin batalla». Está

llena de color y de sabor la obra que en tal forma denomina, de excelente manera, porque se trata de una batalla librada en la imaginación y de una derrota alcanzada en la realidad, a la cual no trascendió la batalla.

Es una sátira feroz a las costumbres pueblerinas, en sus relaciones con la vida política, y más a ésta, tan sembrada de sirtes, tan repugnante de intrigas, petulancias, desvergüenzas y turbios negociados. Feroz, precisamente, por que no tiene vehemencia, no es catilinaria, sino análisis hondo, hecho como en juego, con una ironía que mete sus agujas e instila sus corrosivos líquidos en las carnes de la democracia. Se adentra por el lado de las mentiras vitales, descubre la farsa de la solemnidad, del servicio, de la burocracia, de la popularidad, y va mostrando los tipos mezquinos, los ridículos, los astutos, los cínicos, los que dominan haciéndose pasar los moscas muertas y los que no se mueven sin arrastrar algo de lo ajeno, de lo público, para sí, en una intrincada sucesión de corruptelas que la más sana intención y la voluntad más emprendedora son incapaces de desenmarañar y arreglar cumplidamente.

Es el caso de un mozo inteligente, tímido, de limpio corazón y admirables intenciones, que recibe el nombramiento de secretario de Hacienda de su departamento, lo medita, lo teme, lo acepta al fin, con el propósito de poner en práctica ideas muy acertadas que en sus meditaciones ha captado y los que ha oído en la tertulia, de gente sana y sencilla, que todo lo compone en una sobremesa, o en las charlas de tierra caliente, en la calle, recostados los asientos contra la pared y en plena acción el moscardoneo de la crítica. Felicitaciones, aplausos, admiraciones, sugerencias, peticiones de puestos, y el mozo, bien satisfecho de su suerte, en todas partes recibido con cariño y aclamado, sale de su pueblo para ir a librar en la capital del departamento la emocionante batalla.

Es encaje de bolillo toda la descripción. Mil hilos sutiles se agitan, se cruzan, se retuercen, se entrelazan y van formando

una labor complicada de acciones y reacciones, que sorprenden, desconciertan y acaban por enloquecer al funcionario. Adquieren las almas cierta transparencia para sus ojos asustados. En sus aguas ve pasar los insectos de los apetitos y oye cantar las ranas de las ambiciones. Es un pequeño mundo criminal, de crímenes chiquitos, de estafas, de engaños, de prevaricatos, de persecuciones, el que se agita en esas páginas, divertidas y tristes, de las gentes de rutina, perezosas, abúlicas, para cuanto no represente el personal provecho, pero inquietas, activas, para mover, para enredar los hilos de sus combinaciones. Se pudieran asemejar también a las arañas escondidas, adormecidas después de haber tendido su impalpable tela entre las ramas bulliciosas, que despiertan cuando un leve temblor anuncia que ha caído la mosca y descienden, con paso lento de hipnotizador, a devorarla.

Se ve la lucha inútil, porque una vez rota la tela, en cualquier parte, es recompuesta, y si es destruída, otra aparece, tejida con las mismas artes. No hay otro recurso que el de la asociación, para repartir utilidades, o el de ganar en picardía a los técnicos. El hombre de conciencia y de móviles plausibles se va sintiendo ligar, como Gulliver en Lilliput, por los mil hijos de los intrigantes, de los negociantes, de los impúdicos; va dejándose ganar por la modorra, por el fastidio, por el asco, por la sensación de que nada podrá hacer, de que es físicamente incapaz de romper la malla de los intereses creados y de las costumbres convertidas en auténtica naturaleza. Hasta que al fin se estira, se sacude, rompe las ligaduras, se despeja la cabeza y se marcha, convencido de que no es el hombre para ese medio y para esas funciones. No da la batalla, porque no puede darla. Pero la derrota es un triunfo, porque es el predominio de las cualidades morales sobre las fuerzas que tienden a destruirlas.

Cuando se trata de una novela, todo está exagerado. Pero la vida palpita en los detalles con una fuerza de cosa observada, de cosa experimentada, de cosa sufrida. Luis Tablanca muestra

en ella cómo se salva el alma: En medio de risas se recorren las páginas, donde hay escenas de la picaresca y tipos de un cinismo triunfal, frases de sumisión mentida, de elogio interesado, de infelicidad medio cínica, en un ambiente trasladado con fidelidad de pintor al lienzo de las descripciones en que se ha especializado, para dejar al final, y a pesar del agrado de la lectura, la impresión melancólica de que la llamada política es aflicción del espíritu y faena de hombres que no trabajan sino con el alma a la espalda.—L. E. NIETO CABALLERO.



LA MALA ESTRELLA DE PERUCHO GONZÁLEZ, por *Alberto Romero*.
Ediciones Ercilla. Santiago, 1935.

En las últimas horas de 1935 apareció esta novela de Romero, ante la cual la crítica profesional se ha mostrado perpleja o esquiva. Es una novela que continúa la tradición artística de «La viuda del conventillo», ese grande acierto de la literatura nacional. Aun cuando esto de incluir tales obras dentro del calificativo literario corriente, sea desentenderse a sabiendas o no de su mérito principal, que es el de explorar zonas hasta hoy desdeñadas por nuestros escritores, salvo algunas narraciones breves de González Vera, Manuel Rojas, Diego Muñoz, Sepúlveda Leyton, Laurencio Gallardo y algunos otros creadores artísticos salidos del pueblo. Romero, por su parte, junto con Joaquín Edwards, entró a la observación del mundo de la miseria como espectador y sigue en la pintura de caracteres de los bajos fondos por pura vocación.

En este sentido, «La Viuda del conventillo», su primera novela social, y «La mala estrella de Perucho González», se refunden y completan. Esta última novela saca a luz la cosecha miserable de aquellas siembras de abandono y desesperanza. El delito y la cárcel toman aquí el puesto favorito que tienen el idilio y el matrimonio en la novela romántica. Un escritor de la